

1905-1907 (Los problemas prioritarios de la revolución)

León Trotsky

Abril de 1917

(Versión al castellano desde “1905-1907. Les problèmes prioritaires de la révolution”, en *La guerre et la révolution*, Tomo Segundo, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 295-299.

Publicado en *Die Zukunft* en abril de 1917.)

La guerra franco-prusiana de 1870-1871 terminó con la época agitada de la formación de los estados europeos. Comenzaba una era de inmovilismo político. En el seno de las sociedades capitalistas se abrían paso contradicciones jamás vistas en la historia. Pero ninguna de ellas encontró solución a través de las armas. Todo el arte de los dirigentes consistía en remitir para más tarde las cuestiones importantes. El posibilismo, el oportunismo, la facultad para adaptarse, se convirtieron en escuelas y tradiciones. En esta atmosfera se formó la psicología de las generaciones socialistas de anteguerra. Se veía a la revolución como un método rezagado de “barbarie” política. Los revolucionarios eran considerados como visionarios que, justamente, no perdían el sentido de las realidades.

La guerra ruso-japonesa y la revolución rusa de 1905 descargaron un violento golpe sobre los prejuicios posibilistas. Esos acontecimientos tuvieron eco en el mundo entero. En Austria, la revolución rusa entrañó la conquista del sufragio universal. En Alemania, se alteró un poco el conservadorismo del partido socialista y éste recomendó la huelga general “en principio” en el congreso celebrado en Jena. En Francia, el sindicalismo levantó cabeza e hizo de contrapeso al oportunismo de la fracción parlamentaria. En Inglaterra se creó el Partido Laborista. Sin embargo, no estalló ningún conflicto entre los partidos socialistas y los gobiernos. Mientras las derrotas rusas provocaban disturbios en Extremo Oriente, Persia, Turquía y China, por el contrario en Europa todo volvía al orden tras la sacudida psicológica. ¡La revolución rusa fue aplastada por las fuerzas aunadas del zarismo y la reacción europea capitalista! Este desastre le volvió a dar vida al espíritu del oportunismo. La época comprendida entre 1907 y 1914 fue la del más lamentable conservadurismo y de la más vulgar avaricia en el movimiento obrero. Pero la historia preparaba para los revolucionarios una revancha deslumbrante.

Esta vez Rusia tomó la iniciativa.

La gente que piensa sumariamente, o que no piensa del todo, supone que han resuelto la cuestión diciendo: en Rusia se desarrolla actualmente “una revolución burguesa”. En realidad, la cuestión se plantea así: ¿cuál es esa revolución burguesa? ¿Cuáles son sus fuerzas internas y sus perspectivas futuras?

Durante la gran revolución francesa, la principal fuerza motriz era la pequeña burguesía urbana arrastrando tras de sí a la masa campesina. ¿Dónde está en nuestro caso esa pequeña burguesía? Su papel económico es despreciable. El capitalismo industrial ruso se ha desarrollado desde el principio bajo formas concentradas. En puertas de la revolución de 1905 el proletariado se oponía hostilmente a la burguesía, de clase a clase. Tales son las diferencias sociales entre las dos revoluciones. Pero no se puede ir muy lejos con semejantes analogías históricas. Es indispensable examinar las fuerzas vivas y fijar sus líneas de movimiento.

Entre la revolución del “tercer estado” en Francia y nuestra revolución está la revolución alemana de 1848. Esta última también era burguesa. Pero la burguesía alemana era incapaz de cumplir con su papel revolucionario. Para caracterizar los acontecimientos de 1848, Marx escribía: “La burguesía alemana se había desarrollado con tanta languidez, tan cobardemente y con tal lentitud, que, en el momento en que se opuso amenazadora al feudalismo y al absolutismo, se encontró con la amenazadora oposición del proletariado y de todas las capas de la población urbana cuyos intereses e ideas eran afines a los del proletariado. Y se vio hostilizada no sólo por la clase que estaba *detrás*, sino por toda la Europa que estaba *delante* de ella. La burguesía prusiana no era, como la burguesía francesa de 1789, la clase que representaba a *toda* la sociedad moderna frente a los representantes de la vieja sociedad: la monarquía y la nobleza. Había descendido a la categoría de un *estamento* tan apartado de la corona como del pueblo, pretendiendo enfrentarse con ambos e indecisa frente a cada uno de sus adversarios por separado, pues siempre los había visto delante o detrás de sí mismo; inclinada desde el primer instante a traicionar al pueblo y a pactar un compromiso con los representantes coronados de la vieja sociedad, pues ella misma pertenecía ya a la vieja sociedad; no representaba los intereses de una nueva sociedad contra una sociedad vieja, sino unos intereses renovados dentro de una sociedad caduca; colocada en el timón de la revolución, no porque la siguiese el pueblo, sino porque el pueblo la empujaba ante sí; situada a la cabeza, no porque representase la iniciativa de una nueva época social, sino porque expresaba el rencor de una vieja época social; era un estrato del viejo estado que no había podido aflorar por sus propias fuerzas, sino que había sido arrojado a la superficie del nuevo estado por la fuerza de un terremoto; sin fe en sí misma y sin fe en el pueblo, gruñendo contra los de arriba y temblando ante los de abajo, egoísta frente a ambos y consciente de su egoísmo, revolucionaria frente a los conservadores y conservadora frente a los revolucionarios, recelosa de sus propios lemas, frases en lugar de ideas, empavorecida ante la tempestad mundial y explotándola en provecho propio, sin energía en ningún sentido y plagiando en todos los sentidos, vulgar por carecer de originalidad y original en su vulgaridad, regateando con sus propios deseos, sin iniciativa, sin fe en sí misma y sin fe en el pueblo, sin una vocación histórica mundial, un viejo maldito que está condenado a dirigir y a desviar en su propio interés senil los primeros impulsos juveniles de un pueblo robusto; sin ojos, sin orejas, sin dientes, una ruina completa: tal era la *burguesía prusiana* cuando, después de marzo, se encontró al timón del estado prusiano.”¹

Leyendo este cuadro característico dibujado por la mano de un gran maestro ¿no reconocemos en él a nuestra propia burguesía y a sus guías? La burguesía rusa entró en la arena política después que la burguesía alemana. El proletariado ruso es incomparablemente más fuerte, independiente y consciente que los trabajadores alemanes de 1848. El desarrollo general europeo ha puesto al orden del día la revolución social. Todas esas circunstancias le han robado a la burguesía liberal los últimos restos de confianza en sí misma y en el pueblo.

¡Con qué descaro, a decir verdad desvergüenza, ha tratado el zar a la burguesía liberal! Convocó la Duma cuando necesitó un préstamo; desde el momento en que lo obtuvo, envió a los diputados a sus casas. A sus exigencias de “un ministerio que gozase de la confianza general”, respondió nombrado a los más rabiosos reaccionarios. La camarilla de los cortesanos siempre ha provocado a Guchkov y Miliukov, nunca los ha temido. Y desde su punto de vista tiene razón: fuese cual fuese el odio de los liberales

¹ Carlos Marx, “La burguesía y la contrarrevolución” (Artículo Segundo), en *Obras Escogidas*, en 2 tomos, Tomo I, Editorial Ayuso, Madrid, 1975, páginas 54-55. Ver en [Archivo Marx-Engels - Sección en Español – MIA](#).

hacia la banda de la corte, jamás fueron capaces de emprender contra ella ni una acción revolucionaria por miedo a las masas trabajadoras. “si el camino de la victoria tiene que pasar por la revolución, rechazamos la victoria”, declaraba recientemente Miliukov. En tanto que se trataba de la burguesía liberal, Nicolás podía dormir tranquilo: sabía que la molición de clase de los burgueses ganaba al odio que le tenían al zar.

Muy diferente es la cuestión con el proletariado. En vísperas de la guerra se encontraba en el punto culminante de agitación revolucionaria. El número de trabajadores que participaban en las huelgas de 1914 igualaba al de los huelguistas de 1905. Cuando Poincaré vino a Rusia para echarle la última mano a los preparativos de la guerra que se anunciaba pudo ver las primeras barricadas de la segunda revolución rusa. El movimiento entre 1912-1914 se desarrolló a mayor escala que a principios de siglo. Como hace ahora diez años, la guerra no frenó el desarrollo del movimiento obrero. La caída de la internacional golpeó a la vanguardia del proletariado. Treinta y un meses pasaron, meses de derrotas, de vida cara, de escándalos, de hambre, de “sujomlinada” y de “rasputinianada” antes de que los proletarios se lanzasen a la calle.

Lo hicieron contra el agrado de los liberales burgueses. El 6 de marzo, en vísperas de la huelga general, la prensa invitaba a los trabajadores a no alterar el curso normal de la producción para no entorpecer las operaciones militares. Pero esto no detuvo a las mujeres hambrientas. Ellas se lanzaron a la calle gritando la consigna: “Pan y paz”. Los obreros las apoyaron. La huelga general relegó a un segundo plano el conflicto entre la Duma y el ministerio. Las masas proletarias detuvieron la vida de la ciudad, invadieron las calles y, con su comportamiento, mostraron que no se trataba de una simple demostración sino de una lucha revolucionaria contra las autoridades.

El apoyo del ejército fijó la suerte de la revolución. Los proletarios de Petersburgo no eran todavía lo bastante fuertes, no estaban lo bastante organizados, todavía no tenían suficientes contactos con los proletarios de toda Rusia como para poder conquistar el poder. Pero eran lo bastante fuertes como para, al primer golpe, enviar al zarismo al museo histórico. El poder estaba vacante. En ese momento hizo su aparición en escena “el bloque progresista”.

Puesto que la revolución había barrido el poder, Rodzianko, Guchkov, Miliukov, (esos mismos que, hasta el último momento lucharon contra la revolución) estaban obligados a tomarlo. “No es que hicieron la revolución sino que el pueblo los empujaba por detrás”.

A todo esto vino a añadirse la presión ejercida por Londres y París. El peligro de que Rusia, paralizada por la “anarquía”, se retirase de la guerra, ponía obstáculos a los planes de la gran ofensiva de primavera (la tercera) y hacía correr el riesgo de influenciar desagradablemente a la burguesía norteamericana en vísperas de la intervención de los USA. Había que hacer de modo que Rusia tuviese un gobierno “reconocido y fuerte”, que declarase en nombre de la revolución que la nueva Rusia asumiría las responsabilidades financieras y diplomáticas del antiguo régimen y, sobre todo, la de continuar la guerra “hasta el final victorioso”. Únicamente el “bloque progresista” podía formar el gobierno deseado.

El ministerio Lvov acordó la libertad de prensa y reunión y promulgó la amnistía. No se resolvió ninguna cuestión fundamental pero estas medidas fueron una válvula de escape para el furor popular. La guerra seguía ahí. La vida cara, el frío, la crisis financiera, seguían presentes. Y la cuestión agraria se planteaba con toda su agudeza.

Las masas trabajadoras se levantaron exigiendo mejores condiciones de trabajo y protestando contra la guerra. Las multitudes campesinas se levantaron en el campo y, sin esperar a la decisión de la Asamblea Constituyente, comenzaron a expropiar a los

terratinentes. Todos los esfuerzos de los liberales para descartar la lucha de clases, bajo el pretexto de “evitar el peligro de una contraofensiva reaccionaria”, quedaron en letra muerta. El simple ciudadano se imagina que la revolución la hacen revolucionarios que pueden detenerla a conveniencia. La lógica de la lucha de clases y de los choques revolucionarios sigue siendo para él un libro cerrado bajo siete llaves (hermético).

El principal problema de la socialdemocracia es unir al proletariado de todos los países en la unidad de acción revolucionaria. En oposición al gobierno liberal-imperialista, la clase obrera se bate bajo la bandera de la paz. Cuanto más deprisa convenza el proletariado ruso a los trabajadores alemanes de que la revolución se hace por la paz y la libertad de autodeterminación nacional, más deprisa estallará el descontento en ascenso de estos últimos en una revuelta abierta. La lucha de la socialdemocracia rusa por la paz está dirigida contra la burguesía liberal y su poder. Únicamente esta lucha puede fortalecer a la revolución y repercutir en Europa occidental.

La confiscación de las tierras de los Romanov, de los monasterios y “landlords” es la segunda condición del reforzamiento de la revolución. Los filisteos políticos norteamericanos (entre ellos hay que contar a los que se toman por socialistas) estiman las posibilidades de la república en Rusia calculando el número de campesinos iletrados. Pero con ello sólo muestran su analfabetismo. Si la revolución da la tierra a los campesinos, éstos defenderán con todas sus fuerzas sus bienes y la república frente a la contrarrevolución monárquica.

Edicions internacionals Sedov



germinal@yahoo.es